

«CODICE ATLANTE»

Publicamos a continuación un fragmento de poema del libro inédito de Alberto Zum Felde, «Códice Atlante», que se refiere a las primitivas civilizaciones americanas.

.....

Cien flautas sutiles sonaron en el silencio de la noche; y a su conjuro apareció, claro y luciente como un río en que rielara la luna, vibrante y musical como un río que corriera entre cañas, el cortejo nupcial conduciendo al Electo de la diosa. Iba hacia el túmulo el cortejo; y al son de las flautas sutiles, las vírgenes agitaban sus velos en el aire liviano, danzando con un pausado ritmo, que hacía ondular sus cuerpos en curvas de sierpe encantada.

Como ebrias alas, los velos se agitaban en torno de las vírgenes, al danzar con desnudos pies sobre las losas,—haciendo sonar los adornos de plata que pendían de sus collares, de sus pulseras, de sus ajorcas y de sus cinturones,—en el sagrado ritmo que los adolescentes esparcían de las cinco cañas de su flauta.

Conducido en las andas por las vírgenes, sobre un lecho de flores blancas de enervante perfume, corona-

do de flores enervantes, el Elegido de la Diosa iba, pálido y bello, semejante al vaso de plata en que bebía la Reina.

Iba pálido e inmóvil sobre las andas, el doncel prometido a las nupcias sagradas; y bajo las flores de enervante perfume que coronaban su cabeza, su rostro adolescente, de una tristeza de estanque bajo la luna, era la flor más enervante, cultivada en jardines nocturnos, para los ritos de la Muerte.

Como enervante flor era su rostro de equívoca adolescencia; y en la tristeza de su rostro, los ojos se abrían llenos de una sombría humedad; y sobre los ojos caían, como lúgubres velos, los párpados, pesados de languidez.

Pálido e inmóvil sobre las andas de plata, su cuerpo no tenía más vestido que un cinturón de gemas, que sobre el vientre se alargaba y pendía hasta cubrirle el sexo; y era bajo la luz lunar su cuerpo pálido, más delicado que las flores que coronaban su cabeza, más puro que los diamantes que fulgían en su cinturón, más armonioso que las vírgenes que conducían sus andas.

Y los ojos taciturnos y atónitos de las tribus miraban al Elegido de la Luna, en medio del cortejo de los flautistas y de las danzantes, reclinado e inmóvil en las andas de plata, con su belleza indefinible y prodigiosa.

Taciturnos y atónitos los ojos de los peregrinos veían pasar al Esposo sagrado, la flor suprema de la Raza, por quien el Imperio celebraba sus nupcias con la Diosa de las Aguas, de la Voluptuosidad y de la Muerte. En el sombrío esplendor de su belleza, veían los ojos de las tribus al Elegido de la Diosa, al doncel intocado, que había abierto como una flor nocturna en los jardines del templo, bajo el cuidado de las vírgenes.

Como una flor nocturna había abierto el Esposo su fría adolescencia, macerada de luna, en los jardines secretos de la Diosa; como una flor nocturna de enervante perfume era el pálido esposo apenas nubil, que por primera vez veían los ojos de las tribus, bajo la luz lunar, en el silencio de la media noche.

Y en tanto el cortejo ascendía los trescientos pedanaos del túmulo, que las vírgenes iban cubriendo con un sendal de flores — sonó el canto litúrgico en la noche; lento y solemne sonó el canto litúrgico, celebrando las nupcias del Imperio y de la Diosa.

Ati — decían las voces graves de los sacerdotes sobre el túmulo, — poderosa y terrible, que reinas sobre el triple misterio de las Aguas, del Amor y de la Muerte, he aquí al Prometido de tus nupcias, he aquí al Esposo que las vírgenes conducen al tálamo de tus sombras.

Ati — decía el coro argentino de las sacerdotisas — Virgen inmarcesible y poderosa, que tienes en el hueco de tu mano el destino de los hombres, como un grano de maíz que puedes sembrar a tu albedrío, he aquí al Elegido de tus nupcias, que llega a tu frío tálamo por el camino de la noche.

Y las voces alternas de las vírgenes y de los sacerdotes, entonaron así el canto nupcial al son de las cien flautas, ante el silencio contrito de las tribus, estremecidas del fervor y el terror de la Diosa:

Ati — que reinas en las Aguas, — a cuyo influjo

mares y lagos se hinchan, como el lomo de los jaguares en celo, que esparces sobre las tierras las lluvias benéficas, como una doncella riega, con un cántaro el huerto: por el Esposo fiel que te entregamos, senos propicia — vierte tus lluvias sobre nuestros cultivos y haz que sean abundantes las cosechas.

Ati — que reinas en las Aguas, que desatas las tempestades, inundando las tierras, o, esquivas, guardas tu cántaro, mientras sobre las tierras ávidas se agostan los plantíos: por las nupcias que esta noche celebras con el electo de la Raza, líbranos de los males que arrasan o asolan las tierras; y que tus blancas nubes, y que tus nubes pardas, sean siempre para nosotros las mensajeras de tus dones.

Ati — Doncella inmaculada y poderosa, que con tus manos pálidas enciendes en los hombres el deseo, y les haces arder y consumirse como el perfume sobre tus altares, blanca diosa que enconas los deseos clavando agudos dardos en el flanco tembloroso de las criaturas: por el Esposo intocado que esta noche conducimos a tu tálamo de tinieblas, aparta de nosotros el tormento de las lujurias cuyo fondo nunca puede tocarse.

Ati — Virgen inmarcesible y poderosa, en cuyas manos frías se oculta la brasa de la concupiscencia, que en las pesadas siestas del estío enardeces el celo de los jaguares en las selvas, y en las noches tibias haces languidecer de voluptuosidad el regazo de sus doncellas: por el doncel purísimo que esta noche conducimos al duro tálamo de sus nupcias, dad la paz al corazón de los hombres y haz fecundo el vientre de las mujeres.

Ati — que reinas en la muerte, y llevas a tus mansiones recónditas las almas que recoges en la tierra, como un labrador lleva a su granero el maíz maduro que ha cosechado en el día, y haces vagar sobre las tierras las sombras atormentadas de quienes no pudieron hallar paz en la muerte: por el Esposo que esta noche franqueará las puertas de tus misteriosos palacios, haz que tengamos en tus reinos dichosa morada; y aleja de nosotros los espectros que, por las noches, vagan en los caminos solitarios.

Ati — que reinas en los Sueños, en los Augurios y en los Hechizos, sobre el mundo invisible y sobre los espíritus de los Elementos, que engendras las visiones y los extásis, que turbas las almas con alucinaciones y delirios, Virgen bellísima y terrible, iracunda y clemente: por el Esposo que esta noche conducimos al tálamo de tus sombríos misterios, sed propicia a los pueblos que te adoran y aleja de su sueño las huestes silenciosas de tus vampiros.

Y cuando el canto hubo cesado, y en la noche sólo vibró el sonido de las flautas, fué el Esposo tendido sobre el altar del Sacrificio; y el Sumo Sacerdote puso su mano sobre los párpados de plata, cerrando así los ojos para que se abrieran en la Muerte.

Cayeron los párpados de plata sobre los ojos; y el cuerpo nubil, de indefinible encanto, semejante al vaso en que bebía la reina, pareció llenarse de luna al irse de él la vida que le animara, tan pálido y casi luminoso yacía sobre la piedra.

Hendió el cuchillo de oro el pecho del Esposo; y el Sumo Sacerdote, tomando entre sus manos el corazón,

caliente y palpitante como un ave, fué hacia el borde del túmulo, alzndolo en sus manos para mostrarlo al pueblo.

La multitud oscura se inclin hacia la tierra, abatiendo en el suelo sus frentes de bronce; y el temblor religioso fris sus espaldas curvadas.

Como un huracán pasa sobre una selva, doblando los árboles robustos, así el fervor y el miedo doblaron los cuerpos de bronce de las tribus. Y el silencio que se hizo fué tan hondo, que la multitud sintió, en sus espaldas, el frío de la Luna y de la Muerte.

.

ALBERTO ZUM FELDE.
